



Tipos de catolicismo de cara a la posmodernidad: del multifacético al unifacético

Types of Catholicism in the face of Postmodernity: From Multifaceted to Unifaceted

DOI: <https://doi.org/10.47286/23461209.639>

Fabian Acosta Rico¹ 

Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA), campus Guadalajara
fabian.acosta@univa.mx

1 Doctor en Antropología Social, magíster en filosofía. Profesor investigador de la UNIVA campus Guadalajara; miembro del Centro de Estudios de Religión y Sociedad (CERYS). Analista de instituciones y fenómenos religiosos de la Subsecretaría de Asuntos del Interior, Gobierno de Jalisco (México).

Cómo citar en APA: Acosta Rico, F. (2024). Tipos de catolicismo de cara a la posmodernidad: del multifacético al unifacético. *Kénois*, 12(23) 26-45. <https://doi.org/10.47286/23461209.639>

Recibido: 15-08-2024
Aprobado: 24-01-2025



Resumen

El presente artículo describe, en primer lugar, al individuo posmoderno que encarna al nuevo *homo religiosus*, caracterizado, en su acto de creer, por una religiosidad y una fe débiles. Con esta precisión, se detalla al denominado “católico cultural”; es decir, a ese católico que no profesa la fe católica con franca convicción, pero cuyo contexto cultural está pautado por dicha fe, la cual, directa o indirectamente, influye en su desenvolvimiento social, familiar e incluso económico. Precizando que hay una nueva religiosidad producto de la postmodernidad, el artículo describe a esos nuevos católicos denominados, respectivamente, multifacéticos y unifacéticos. Los primeros son aquellos que poseen un núcleo duro de creencias, orbitado no solo por creencias religiosas distintas —incluso disímbolas— al catolicismo, sino también militancias políticas o culturales que, en su dinámica identitaria, suelen ir a contracorriente de las verdades, valores y principios de la Iglesia. El segundo tipo de católico, el unifacético, suele ser un radical o integrista religioso, convencido de que no hay más religión que la católica, la única capaz de dispensar al creyente la salvación. De ambas categorías se precisan sus divisiones y variantes. El artículo cierra con una prospectiva que delinea cuál será el futuro de la Iglesia y de la fe católica, dependiendo del tipo de católico que logre prevalecer en ellas. La metodología se basó en la observación acompañante, partiendo de la interacción áulica que, como profesor, el autor tiene con grupos de estudiantes tanto de preparatoria como universitarios. En dicha observación se mantuvo un posicionamiento hermenéutico por el cual el investigador se asumió como receptor que se abstenía de hacer juicios de valor, y que debió, sobre la marcha, familiarizarse con los códigos lingüísticos y semióticos de los sujetos de estudio intentando aprender de ellos situándolos en sus contextos.

Palabras clave: Catolicismo, Católico cultural, Católico unifacético, Católico multifacético, *Homo religiosus*.

Abstract

This article first describes the postmodern individual who embodies the new *homo religiosus*, characterized, in their act of believing, by a weak religiosity and faith. With this precision, the article details the so-called “cultural Catholic”; that is, the Catholic who does not profess the Catholic faith with clear conviction, but whose cultural context is shaped by that faith, which, directly or indirectly, influences their social, family, and even economic development. Clarifying that there is a new religiosity resulting from postmodernity, the article then describes the new Catholics, referred to respectively as multifaceted and unifaceted. The first group consists of those who have a core of beliefs surrounded not only by religious beliefs distinct from or even contradictory to Catholicism but also, in their identity dynamics, tend to assume political or cultural affiliations that go against the truths, values, and principles of the Church. The second type of Catholic, the unifaceted, is typically a radical or integrist religious person, convinced that there is no other religion than Catholicism, the only one capable of providing the believer with salvation. The article specifies the divisions and variations of both categories. It concludes with a perspective that outlines the future of the Church and the Catholic faith, depending on which type of Catholic prevails within them. As for the methodology, it applies the accompanying observation based on the classroom interaction I, as a professor, usually have with groups of students at both high school and university levels. In this observation, I maintained a hermeneutic positioning in which I assumed a role as a receptor who refrained from making value judgments, having to familiarize myself on the go with the linguistic and semiotic codes of my subjects of study, attempting to learn from them by situating them in their contexts.

Keywords: Catholicism, Cultural Catholic, Unifaceted Catholic, Multifaceted Catholic, Religious Man.

Introducción

Sin religión no hay creyente. Desde una postura objetivista esto es cierto; pero la posmodernidad, enemiga de todo esencialismo, invita a postular exactamente lo contrario: sin creyente no hay religión. Este es un fenómeno subjetivo; por tanto, en la medida que el individuo transforma su mentalidad y su ethos, que renueva los paradigmas con los cuales se explica el mundo y a sí mismo, también la religión cambia, se redefine. Ambas posturas tienen su parte de verdad. No se puede negar que toda religión tiene principios arquetípicos presentes en sus mitos, dogmas y ritos que gozan de una universalidad simbólica que no puede reducirse a la subjetividad, ni siquiera a la intersubjetividad. Pero, por otro lado, está el hecho, casi evidente, de que la religiosidad no puede sustraerse totalmente de su contexto y horizonte cultural ni evadir el hecho de que este le afecte y obligue a actualizarse para no resultarle arcaica o trasnochada al *homo religiosus* actual.

Este *homo religiosus* está inmerso en una posmodernidad postsecular dominada, en lo religioso, por la desdogmatización y la pluralidad de creencias, donde todas pueden antagonizar entre sí o dialogar, según sea el caso, sin que ninguna pueda erigirse, hegemónica y monopólicamente, como la resguardante de la verdad absoluta (Feria Arroyo, 2015, p. 211). Hay muchas verdades en el aire o, mejor dicho, agitándose en el torbellino de los medios de comunicación masiva, en especial por el ciberespacio. Al colisionar entre sí, suele ocurrir que se fusionan y dialogan. Esta situación se replica en el creyente posmoderno y, no se diga, en nuestro católico de fe y religiosidad débil, que ya no es el católico con aspiraciones miméticas respecto a los modelos de santidad ofrecidos por la vasta gama de hombres y mujeres elevados por la Iglesia a los altares. Por el contrario, aprende y practica de su fe solo ciertos aspectos doctrinales que después combina, entremezcla o hibrida con otras ideas y concepciones de otros sistemas de creencias. Puede que mantenga un núcleo duro de creencias apenas católico; pero orbitado por un sinfín de creencias religiosas, espirituales, metafísicas, políticas y filosóficas de lo más diversas. Mantiene su identidad católica sustentada en su núcleo duro; pero su creer esta desorbitado respecto a él, hay un desfase entre ambos (Feria Arroyo, 2015, p. 213). A este nuevo católico se lo denomina multifacético; se reconoce católico, pero asume sin problema, dependiendo del contexto, múltiples identidades. Su fidelidad y lealtad a la Iglesia distan de ser robustas, con facilidad se deslinda de ella para adoptar otras militancias e identidades muchas veces contrarias a las ideas, principios y valores del catolicismo.

Como lo sostiene Quesada Chaves (2016), el cristianismo ha estado presente de manera significativa y determinante en el desarrollo cultural e histórico de América. En el caso de Iberoamérica, ha sido la fe católica la religión protagónica desde los tempranos años de la Conquista hasta el siglo XIX, cuando comenzaron los procesos de emancipación de las naciones sometidas a la égida de España y Portugal. La influencia en el continente del cristianismo, y sobre todo del catolicismo, aún perdura al grado que es posible hablar de católicos culturales que, habiendo o no adjurado totalmente del catolicismo, lo tienen presente en su ámbito social y cultural: en su ciudad de común toda colonia o barrio cuenta con una o más iglesias; en Semana Santa se va de vacaciones de la escuela o del trabajo, lo invitan todo el tiempo a bautizos, primeras comuniones y bodas por la Iglesia (Quesada Chaves, 2016, p. 4).

Este católico cultural empata con el católico multifacético en muchos sentidos. Desde una perspectiva conceptual, ambas categorías presuponen que los sujetos que las encarnan de común fueron bautizados, pero no son católicos fervorosos, ni siquiera de imperdible misa dominical. Los dos asumen una declarada fe y religiosidad débil; salvo que el católico cultural, en algunos casos, puede que haya abandonado su religión y que tenga, además, una postura crítica respecto a la Iglesia. Nuestro católico multifacético no ha llegado a este extremo y se mantiene católicamente flexible e influenciado por otras ideas y creencias de todo tipo, al grado que, por ejemplo, sin problema puede considerarse un creyente del fenómeno ovni sin sentir incomodidad ante el hecho de que muchas de las teorías que sustentan y explican el caso de los alienígenas ancestrales desmienten o entran en contradicción con muchas de las verdades del dogma católico (Quesada Chaves, 2016, p. 8).

La Iglesia, desde sus orígenes, ha sido diversa en cuanto a sus carismas como formas de abrazar la fe católica con adecuación a las distintas inclinaciones del creyente en su profesar y vivir las verdades evangélicas. Se puede ser muy católico al estilo jesuita, dándose a la intelectualidad y al activismo social; o al modo franciscano, cultivando la humildad, la pobreza y la caridad. Sin embargo, ahora, la nueva pluralidad que experimenta la Iglesia parte no de ella como institución de variadas vocaciones, sino de los propios individuos troquelados por la posmodernidad, listos y predispuestos a aceptar que no existen exclusivismos y prevalencias ideológicas, religiosas, filosóficas, ni siquiera científicas. Igualmente, la Iglesia ha dejado de ser un poder político y económico hegemónico en alianza simbiótica con el Estado. Se le ha dejado de temer. El temor va de la mano con el respeto.

La Iglesia también ha perdido mucho de su otrora respeto y prestigio a causa de los cambios históricos que han afectado a la civilización cristiana, aunque no faltan voces expertas que denuncian que ha sido ella, en parte, la culpable de su demérito social y moral. Los errores que haya cometido, las faltas que le puedan ser imputadas como institución o a sus jerarquías han servido a sus detractores para demeritarla o incluso para desacralizarla. Sobre este punto, hay que resaltar cómo la prensa y muchos investigadores, algunos vaticanistas, han destilado al respecto mucha tinta en artículos y libros como el intitolado *Las finanzas secretas de la Iglesia: Intrigas, escándalos y corrupción en la jerarquía católica* (2012), escrito por Jason Berry. En este texto, el autor documenta la corrupción y los manejos indebidos de las finanzas en la Iglesia Católica, contextualizados en la crisis provocada por los escándalos sexuales dentro de la institución.

Para muchos, el ser católico ya no es motivo de orgullo ni un llamado a la obediencia y coherencia. Muchos católicos aceptan el entendido de que la Iglesia y la religión a la que pertenecen es una entre muchas (Quesada Chaves, 2016, p. 10). El antes orgullo de pertenencia a una institución milenaria, universal y, sobre todo, santa, ha venido a menos entre el creyente promedio. Este católico, cuando es increpado por los críticos más cáusticos de la Iglesia que se regocijan señalándole sus errores, defectos y pecados, la mayoría de las veces no sabe qué decir, que excusa esgrimir, y termina encogiéndose de hombros, guardando un mutismo que le da la victoria a sus interpelantes.

Al católico multifacético no le afectan tanto las diatribas que se puedan lanzar contra la Iglesia dado que, en términos de identidad, no es un católico al ciento por ciento. No se siente totalmente aludido pues tiene otras muchas adscripciones culturales: puede que pertenezca a alguna tribu urbana, que sea todo un gótico o hípster, que milite en una organización ambientalista o feminista, que se asuma transhumanista o vegano. En su fragmentación identitaria es a veces difícil saber con cuál de todas sus múltiples yoidades o máscaras se está conversando, pactando, acordando o discutiendo. Hasta hace unas décadas el individuo de la modernidad estaba muy uniformizado: se era mexicano, argentino, guatemalteco y, además, católico, así de simple y unilateral.

Ahora, en general, el individuo de la posmodernidad está sobre informado y, en consecuencia, es seducido culturalmente todo el tiempo por diversos agentes o expositores del ciberespacio y del resto de los medios de comunicación masiva. El católico multifacético es totalmente un individuo posmoderno: emocional,

individualista, narcisista, eterno adolescente, de cerebros estructurados en la dispersión y de identidades volátiles².

Cabe aclarar que, para dar con el sujeto de estudio, el autor se valió de la obra de Zygmund Bauman (2020), especialmente de su libro *Modernidad Líquida*. En él se encuentran definidos muchos de sus rasgos culturales como el individualismo, el egocentrismo y la volatilidad identitaria. Se complementó esta identificación con la obra de Gilles Lipovetsky, la *Era del vacío* (2006), del que se retomaron, sobre todo, su concepto del narcisista como el individuo fenotípico de la posmodernidad. Con la categoría de análisis ya lista, el investigador se adentró, empleando la observación acompañante, en el espacio escolar sobre todo de sujetos *millennials* y *centennials*, aprovechando la ventaja que le da el ser profesor de bachillerato y universitario. En la indagación quería dar precisamente con este nuevo católico.

Resultados

El católico multifacético: una definición general

El individuo multifacético de la posmodernidad puede tener cualquier adscripción cultural, religiosa y social; se replica ampliamente sobre todo en los pueblos influenciados por la cultura occidental; pero, para efectos de este estudio, interesa el que se encarna en el católico, en especial en el nativo-digital³, cuya generación varía entre la *millennials* y la *centennials*. Se habla, en promedio, de personas que rondan los 18 y los 35 años.

Este católico multifacético es receptivo al aluvión que todos los días recibe de información a través de Internet y, en menor medida, de otros medios masivos de información. Es instruido, orientado e informado por un amplio repertorio (que constantemente se renueva) de *influencers* de las más variadas plataformas como YouTube, Tik Tok, Instagram, entre otras. Aprende de todo y se entera con superficialidad de los más variados tópicos. Él mismo participa en el concierto de opiniones que circulan, concurren y colisionan en las redes sociales. Encuadra con

2 Sobre los rasgos culturales del individuo posmoderno se recomienda leer la ya clásica obra *La era del vacío* (2006) de Gilles Lipovetsky. El autor aborda precisamente el tema del narcisista como el individuo fenotípico de esta posmodernidad.

3 Sobre los nativo-digitales se recomienda revisar el artículo de Marc Prensky (2001) en el que introduce los conceptos "nativos digitales" e "inmigrantes digitales" para remarcar las diferencias entre las generaciones que han crecido con la tecnología digital y aquellas que la han adoptado en etapas posteriores de sus vidas.

el individuo superficial, del que habla Carr (2011), al que le resulta difícil mantener la atención por más de treinta segundos en sus revisiones a los distintos sitios de Internet que frecuenta o visita ocasionalmente. Acepta ser aconsejado e iluminado por sus pares generacionales y, salvo con algunas excepciones, no se somete a liderazgos tradicionales. Desprecia las figuras de autoridad. No siente un ciego respeto por el sacerdote, el político o el militar: su egocentrismo no se lo permite. Le apasiona la idea de ser único y no el secuaz o seguidor de alguien más; aunque, en muchos casos, sus efímeras convicciones, es decir, con fecha de caducidad, por lo regular son prestadas de alguien a quien admira y pretende imitar. Conserva un núcleo duro creencial católico, quizás por comodidad o porque no tiene la suficiente audacia para desprenderse totalmente de él, además de que existen exigencias, cada vez menos impositivas, de su entorno cultural que lo inducen a conservarlo. Posiblemente sea cuestión de uno o dos relevos generacionales para que el católico multifacético quede totalmente emancipado de todas las influencias culturales que lo conminan a mantenerse dentro de la Iglesia. Seguir perteneciendo a ella será, entonces, su decisión libre de coacciones culturales y morales.

Claro que afirmaciones de este tipo, de una arriesgada futurología, no pueden ser comprobadas de forma inmediata. Hay que esperar a ver qué tan sólidas son las estructuras culturales y los imaginarios religiosos, solventados por las aún mayorías católicas. Así se podrá atestiguar si dichas estructuras e imaginarios no se irán vulnerando, paulatinamente, con la disolución y diversificación de esta *modernidad líquida* que, por cierto, cada vez se resuelve más en la virtualidad. Este es todo un expediente para considerar en cualquier prospectiva acerca del futuro de la religión. Piénsese que está a la vuelta de la esquina el advenimiento del metaverso, entendido como un mundo virtual en 3D compuesto por una red de experiencias y dispositivos interconectados que van más allá de la realidad virtual tradicional (Ball, 2022). Cuando este metaverso sea una realidad habrá que preguntarse quiénes serán sus pioneros-construtores, y al visualizarlos con claridad deducir bajo qué ideas, principios, valores y creencias edificarán este nuevo mundo virtual. ¿Qué tan cristiano o católico será?

El creyente del mañana, el *homo religiosus* del futuro, ¿tendrá templos y dioses en ese metaverso? ¿Entre ellos habrá muchos católicos multifacéticos? ¿Habrá también para ellos iglesias, catedrales, capillas en este mundo digital? ¿Cómo estará estructurado este metaverso, a la manera de un multiverso? Es probable que de un metaverso madre se desprendan otros especializados o tematizados, como de hecho ocurre con Internet. Entonces no sería disparatado imaginar que pudiera llegar a

existir un metaverso católico que, con seguridad, será muy socorrido por el católico posmoderno, en particular por el multifacético. Pero antes está el reto de evangelizar el Internet aprovechándose de las redes sociales⁴.

Como lo refirió el Papa Benedicto XVI en su discurso para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales del año 2013, las redes sociales digitales son el nuevo y moderno ágora o plaza pública virtual al que acuden las personas para intercambiar ideas, información y opiniones; y, si se permite acá, también en ellas tienen lugar los disensos, las polémicas y las discusiones. Es igual un pancracio donde los antagonistas ideológicos, filosóficos y, no se digan, religiosos, buscan imponer o hacer prevalecer su visión, valoración y descripción del mundo (Garay Gómez, 2021, p. 22).

Con respecto a tener presencia en el ciberespacio, en la emergencia de no perder proximidad con los creyentes, en especial con los más jóvenes, la Iglesia ya ha tomado cartas en el asunto y los propios laicos se han ensayado como creadores de contenidos para la web. En el caso de la Iglesia, desde el 2015 el Papa inauguró el primer videoblog en la página The Pope Video, vinculada con varias redes sociales, entre ellas, YouTube, traducida en ocho idiomas. En mayo del siguiente año, famosos youtubers tuvieron su primera reunión con el Papa Francisco para dialogar acerca de la influencia que estas celebridades del Internet tienen sobre los jóvenes y como los inspiran en sus vidas.

Evangelizar al católico multifacético exige un cambio de estrategia divulgativa y pedagógica, considerando como está estructurada su mente, cuáles son sus consumos culturales y cómo sortea su estrecha relación con la tecnología. Son receptivos a los influencers, de tal suerte que se antoja necesario asumir ese rol, se tenga o no sotana⁵. Puede que de momento los católicos multifacéticos no sean mayoría, pero pronto lo serán. Al final, ellos heredarán la Iglesia y aún no está claro

4 Al respecto, la Iglesia cuenta ya con un patrono del Internet. Se trata de Carlos Acutis, un adolescente que, con tan solo 15 años, falleció a causa de una leucemia en el año 2006. "Fue beatificado el 10 de octubre de 2020 en la Basílica de San Francisco de Asís, Italia. Su beatificación se produjo a raíz de que se le atribuyera un milagro en el que curó a un niño de Brasil a través de la intercesión. Aunque esto sea lo más llamativo de este joven, lo que nos importa sacar de aquí es su aportación en la web. Carlos Acutis fue un misionero moderno, un misionero de la web 3.0. El ahora Beato, creó numerosas páginas web donde catalogó los milagros eucarísticos que habían sido reconocidos por la Iglesia hasta el momento. Por esta razón, podemos considerarlo el primer influencer católico que, a través de sus conocimientos informático e Internet difundió el mensaje cristiano como nunca antes se había hecho" (Garay Gómez, 2021, p. 23).

5 Sobre esta necesidad, Alfa y Omega (2018) informaron que "El 3 de marzo del 2018, los youtubers de identidad católica celebraron el '1 encuentro de youtubers católicos'. Este evento se realizó en la ciudad de Ávila, España. El evento contó con la presencia de los youtubers católicos más influyentes en España y Latinoamérica, 22 youtubers españoles y 15 latinoamericanos" (citado en Carpio Jiménez et al., 2019, p. 99).

qué es lo que harán con ella o si tan siquiera les interesa conservarla, pues, desde su óptica, ella es una entre muchas, y la fe católica no la consideran la única y verdadera religión. Es más, están en el entendido de que hay otras, y todas, a su manera, conducen a Dios, a las divinidades o al Absoluto.

El católico multifacético: abierto a la pluralidad y progresista

La Iglesia transitó con la modernidad hacia una polarización que reflejaba el estado, también bipolar, de la política y de la geopolítica; dos bandos a escoger: el capitalista o el comunista. El primero defendía, respecto a su antagonista, el derecho a la libertad, al sostener que, sin propiedad privada, esta no se podía ejercer plenamente; el segundo se alzaba como un defensor de la igualdad y del bien social y por una justa distribución de la riqueza. Derecha o izquierda, libertad o seguridad, libre empresa o estado totalitario y benefactor, la humanidad quedó dividida entre estos dos modelos políticos, económicos y sociales.

De comienzo, la Iglesia se alineó con la derecha más conservadora y entró en confrontación con la izquierda revolucionaria, en particular con la marxista, pues esta, además de atea, también fue severamente crítica con las religiones, en especial con la católica, a las que calificó de cómplices del Estado capitalista al adoctrinar al individuo para aceptar la explotación y la sumisión a las élites económicas. Durante la segunda mitad del siglo XX surgió al interior de la Iglesia católica una corriente que enarboló la figura del Cristo obrero, el Cristo revolucionario, conocida como la teología de la liberación. El Cristo obrero vendrá a redimir no solo las almas del creyente; su misión no solo será redentora sino también revolucionaria al emancipar a los pobres del mundo de la explotación tal y como se describe en la obra Cristo Obrero, de López Villaverde (2024).

La opción en dirección a la izquierda perdió brillo y prestigio con el hundimiento de la Unión Soviética el 26 de diciembre de 1991. Sobre sus lastimosas ruinas corrieron las propuestas neoliberales que, en voz de Fukuyama (1992), anunciaban el fin de la historia con un mundo cuadrado hacia la derecha sin otra opción que la capitalista, sin más opositores o corrientes alternativas o contestatarias. Pero la izquierda renació con un Foro de São Paulo y una Latinoamérica que retomaba el marxismo, actualizándolo y adaptándolo al contexto sociocultural de una América históricamente dominada y explotada, una América indigenista y bolivariana.

La nueva izquierda, en su batalla cultural, da cabida a otras causas que reactivan el viejo esquema del explotado y el explotador bajo banderas correlativas como el feminismo, el movimiento LGTB+, el ambientalismo y el veganismo. Este neo-

izquierdismo muchas veces arremete contra la Iglesia desacreditando todo lo que ella representa en razón a su doctrina, antropología, historia, valores y ética. Cómo no la van a considerar uno de tantos enemigos a vencer, con su defensa a ultranza del modelo de familia tradicional, su oposición al aborto y a la eutanasia, entre otros posicionamientos de clara disonancia y en contrapunto con las narrativas progresistas⁶.

El progresismo de *nueva izquierda* no congenia con el catolicismo de viejo cuño; sin embargo, entre los católicos multifacéticos no faltan aquellos que, en hermandad histórica con los teólogos de la liberación, se declaran progresistas y, por tanto, defensores de las minorías sexuales, anti patriarcales conscientes de la deuda histórica que se tiene con las mujeres, descolonizadores avergonzados por la explotación de siglos sufrida por indígenas y afrodescendientes, amantes de Gaia que nombran a los animales, en especial a los más domesticados, personas no humanas. Estos católicos pueden portar con orgullo un paliacate morado o verde y ondear una bandera arcoíris sin sentir, creer o pensar que están siendo incoherentes con la religión que profesan. Se entiende que la abrazan desde un esquema de fe y religiosidad débiles.

El católico multifacético abierto a los neo-espiritualismos

El sujeto posmoderno tiende a una religiosidad un tanto más lúdica, sin formalidades ni compromisos que conlleven cierta rigurosidad ritual, moral, espiritual o doctrinal. El narcisista posmoderno quiere que lo entretengan y lo sorprendan. Y da lo mismo si lo hace un pastor neo-pentecostal, un gurú de los pleyadianos, un babalawo que invoca a los orishas para describirle su personalidad y predecirle su suerte. Este nuevo *homo religiosus* cambia fácilmente de creencias en la medida en que estas dejan de funcionarle en el pronto remedio de sus problemas emocionales y existenciales, así que recorre con frecuencia los pasillos del mercado mundial de las religiones en búsqueda de novedades y ofertas, ejerciendo una religiosidad eclética y a la carta, de la que habla precisamente Aréchaga (2021).

En esta apertura religiosa, el católico multifacético evade el juego de las congruencias con soltura y resolución. Tiene nociones vagas acerca de los principios de la fe que le inculcaron de pequeño: un examen de doctrina elemental con facilidad

6 Los conceptos de *batalla cultural* y de *nueva izquierda* son ampliamente desarrollados por Laje (2022) en su libro intitulado precisamente *Batalla Cultural*, en el que hace referencia a un resurgimiento de la izquierda en todo el mundo, pero principalmente en Latinoamérica en movimientos como el feminismo, el ambientalismo, el progresismo, el wokismo, etc.

lo reprobaría. Es fácil que su núcleo duro creencial esté también constantemente orbitado por todo tipo ideas religiosas, esotéricas y metafísicas de fácil adquisición y consumo libre y digerible. Puede llegar a ser crédulo, pero también poco fiel; es decir, si un video de YouTube lo entera que un telescopio errabundo en el espacio captó luces de ciudad en un distante exo-planeta, quizás crea la nota y la comente con amigos por un corto tiempo, hasta que finalmente la olvide o le deje de importar al embargar su interés y curiosidad con alguna novedad igual o más sorprendente.

Habitado a consumir todo el tiempo grandes cantidades de información, como lo explica Carr (2011), difícilmente logra asimilarlas. Sabe mucho de todo tipo de tópicos, incluidos los religiosos; pero sus conocimientos suelen ser superficiales, entran y salen de su sistema orbital creencial. De ahí que su religiosidad y fe sean débiles. En un chat puede, casi por ocurrencia, o porque lo escuchó en un podcast, defender acaloradamente la teoría de la reencarnación, y, a la vuelta de unos meses, dar por cierta las ideas espiritistas de que al morir nuestras almas migran a un mundo eterio parecido al nuestro. Sería para él una verdadera proeza doctrinal que aún recuerde y tenga por ciertas las enseñanzas catequéticas acerca de la redención crística: el Hombre Dios murió para abrirte las puertas de la redención y es decisión suya tomar esta opción, la de ganarse la salvación o la de seguir la senda del pecado que conduce inexorablemente a la condenación eterna.

El católico multifacético influenciado por el esoterismo y el progresismo

Este católico sería el sujeto más radical en lo concerniente a la pluralidad, no solo religiosa, sino también política y cultural. Su flexibilidad creencial daría cuenta de un apego y una comprensión muy somera y poco comprometida de los principios y valores de la fe que supone profesar. Plántese acá el caso de una mujer católica, de la generación Y o *centennial*, que viste una camiseta del Che Guevara (de la marca Furor), al cuello lleva una pañoleta morada representando su militancia feminista y completa su atuendo con una pulsera de cuarzos azules que, supuestamente, le ayuda a expandir su mente y le induce, por el poder mágico de las piedras, a lograr meditaciones profundas y ensimismadas. Entiéndase que, en estas indumentarias, dada su carga simbólica y la significación que conlleva portarlas, la hipotética *centennial* denota cierto grado de indefinición identitaria, padece culturalmente una especie de trastorno de identidad disociativo. O algunos dirán, con más benevolencia, que lo suyo es más bien un cierto eclecticismo cultural que nada tiene de contradictorio sino más bien de enriquecedor, abierto y plural. En el lienzo de la personalidad posmoderna hay cabida para todas las policromías o excentricidades.

Es fácil juzgar y criticar a este sujeto producto de la posmodernidad de identidades tan fragmentarias y, muchas de las veces, efímeras. Y más tratándose, como es el caso, de alguien que al menos, de forma nominal podría, considerarse a sí mismo como católico. Pero ¿cuánto de su catolicismo persiste o sobrevive en sus estructuras creenciales abrumado por este continuo y fuerte bombardeo de nociones y referencias al esoterismo de masas y a las más distintas escuelas o corrientes culturales, religiosas, políticas? La modernidad le dio libertad de creencia y conciencia; no más imposiciones y troquelamientos de parte de los dogmas religiosos, políticos y culturales otrora hegemónicos.

Por su parte, la posmodernidad condenó la verdad a un relativismo y subjetivismo epistémico que hizo prevalecer la autoridad de los concesos y del utilitarismo: ¿qué verdades son ciertas? Simple: las que tengan el clamor, la popularidad, los unísonos, ya ni siquiera de los ciudadanos sino de los “clientes”, quienes juzgarán el valor de todo saber o conocimiento con base en su sentir y satisfacción. Miège (2003) habla, precisamente, de una mercantilización de la cultura y, con ella, complemento, también de la religión: los consumidores, al elegir y consumir productos culturales y religiosos, influyen en la percepción de la verdad y la mentira en la sociedad contemporánea.

Hay, por tanto, libertad y variedad. Pero lo que no existe, ni se consiente que así sea, es una verdad definitiva, que dé certeza y que no pueda ser descartada cuando deje de ser novedosa o atractiva. Las narrativas religiosas más pretéritas y a la vez más rezagadas en la progresión posmodernista de las ideas suelen competir en el mercado de las creencias con cierta desventaja, y más cuando sus tradicionales “dueños” las exponen aferrándose a sus viejas formas proselitistas, pedagógicas y divulgativas. Pero no hay que descartarlas del todo: el mundo está lleno de gente, y buena parte vive en medio de una gran diversidad cultural; de tal suerte que no faltarán aquellos, disonantes, que opongan resistencia a los dictados de la modernidad y de la posmodernidad. Los retrógrados también están presentes, haciendo gala de su esquizofrenia cultural de cara a la *modernidad líquida*. Ellos tienen nombre y apellido dentro del mundo católico: los conocen como lefebvrianos, tridentinos, sedevacantistas. Para efectos del presente análisis, se les categorizará como católicos fanáticos o unificéticos, que pretenden encarnar al católico fenotípico o santo, imitador de Cristo.

El católico unificético o fanático

El disidente ya no es el contrasistémico enemigo implacable del orden y del discurso hegemónico impuestos por las elites blancas y burguesas. Sucedió que, de buenas

a primeras, el sistema se volvió inclusivo, libertario y pluralista; en pocas palabras, progresista y, por tanto, enemigo del pasado y anti-tradicionalista en lo cultural y, en parte, también en lo político. Sin embargo, en lo económico sigue siendo capitalista. Las minorías en su estridencia y sumativa han ganado notoriedad; basta para constatarlo el que colectivos antes marginados y segregados como el LGBTQ+ tengan todo un mes para celebrar el orgullo de su identidad y de su ser, y como corolario realicen por las principales ciudades de Europa y América desfiles multitudinarios en los que exhiben, algunas veces con ostentación y retadoramente, las formas idiosincráticas y estereotipadas que los definen y distinguen de otros grupos culturales. Ser un conservador, tradicionalista o reaccionario es de lo más subversivo y de contra corriente en sociedades cuya marca cultural es la libertad, llegando a los ámbitos existenciales y antiesencialistas bajo los argumentos de la deconstrucción⁷.

Por paradójico que parezca en el abanico de la diversidad, como constante y regla de las sociedades de avanzada, hay cabida para cierto derechismo o conservadurismo, incluso para los radicales (como los de ultraderecha o los fundamentalismos islámicos) que no dudan en integrarse al mercadeo de las ideas, las escuelas y las vías como una opción más; aunque una, como se dijo, mantienen una postura disidente y contestaria con el orden de cosas imperante. Habrá que advertir que muchos de los católicos multifacéticos pueden tomar estas opciones retrogradadas como una excentricidad lo bastante válida en su ansia de diferenciarse desde el aspecto identitario y de probar experiencias nuevas que prometan sacarlos del aburrimiento o rutina. No obstante, en el caso de los asuntos de la fe, no faltan quienes se lo toman más en serio y abrazan las versiones más integristas de las religiones tradicionales, todo "porque en últimas responden de forma madura a problemas genuinos de las personas" (Barrero Salinas y Ojeda Pérez, 2011, p. 24).

En el caso de los católicos unifacéticos, su núcleo es tan robusto en su gravitación que, en vez de permitir el orbitar de otras creencias, las impacta contra su densa masa en un esfuerzo de falsearlas o negarlas en la comparativa con el credo propio, al que le tienen una lealtad y una fe fuerte y probada. Suele darse el caso, entre estos católicos, que siguen una praxis religiosa testimonial que acredita sus creencias, no en las pruebas de un pasado fundacional, sino en una escatología que refrenda su

⁷ Acerca de la deconstrucción en el ámbito cultural, se recomienda revisar el libro *La deconstrucción en la cultura contemporánea* (Held, 2006). En esta publicación el autor analiza cómo la deconstrucción se aplica a diversos aspectos de la cultura contemporánea, incluidos los medios de comunicación, la política y las estructuras de poder.

puritanismo (Vattimo, 1996). Para ellos la modernidad está mal con su materialismo que pone en duda la existencia de Dios, entregada a un hedonismo que ofende y contraviene los mandamientos de la voluntad divina. Bajo estos presupuestos, piensan con cierta certeza que estamos viviendo tiempos verdaderamente apocalípticos; además, en la fatalidad provisoria de un mañana nada alentador, tienen la audacia de decir que la soberbia, la ambición y el pecado del hombre serán nuestra ruina: destruimos y contaminamos la tierra, la casa común; las naciones más poderosas del planeta tienen arsenales de exterminio masivo listos para usarse; están desarrollando formas de inteligencias artificial que, sin la debida regulación y candados, bien podrían revelarse contra la humanidad y, no menos alarmante, prometeicamente pronto, el hombre será capaz de reescribir la codificación genética de cualquier especie viviente, incluida la humana. Adiós a los humanos, bienvenidos los trashúmanos y los posthumanos. Para el católico unificético se antoja necesaria, si no es que urgente, una cruzada contra el mundo moderno, una revuelta contra él a fin de ver cumplidos los planes originarios de Dios.

Estas visiones escatológicas o milenaristas no son nuevas, pero han cobrado auge en las últimas décadas. De Lacunza (1999) analiza este fenómeno al abordar el milenarismo como una creencia sobre la proximidad del fin de los tiempos, para lo cual exploran sus raíces históricas y su evolución hasta la actualidad.

En este tenor, muchos de estos católicos creen en las teorías conspirativas que heredaron de los católicos de generaciones pasadas, tanto de *baby boomers* como de la generación X, quienes estaban convencidos acerca de la existencia de un gobierno mundialista controlado por una élite judeo-masónica que, a través del poder de la alta finanza internacional, manipulaba a las dos grandes superpotencias, Rusia y Estados Unidos, con la intención de acabar con la civilización cristiana, en especial con la Iglesia católica, para así concretar su plan de esclavizar a todos los pueblos del orbe e instaurar finalmente el reinado del anticristo.

En el imaginario religioso conspirativo de algunos de estos católicos unificéticos, el plan unimundista de dominación de la humanidad no acabó con la caída de la Unión Soviética; hay un resurgimiento del comunismo, ahora oculto bajo la mascarada del progresismo en todas sus variantes izquierdistas: movimientos de resistencia indigenistas descolonizadores, grupos feministas proabortistas, colectivos LGBTQ, asociaciones a favor de los derechos y la igualdad animal (muchos seguidores del veganismo). Estos son financiados, respaldados y manipulados por grandes magnates y sus corporaciones que, como antaño, tienen como su principal enemigo a la Iglesia católica. Una lucha de David contra Goliat, el católico unificético está convencido de

que los medios de comunicación y buena parte de los creadores de contenido de Internet les responden a estas oligarquías trasnacionales, en ese sentido, cree que libra una verdadera batalla cultural que lo obliga a aferrarse, defender y propagar sus convicciones, valores y creencias católicas⁸.

Hay un ideal de católico, uno arquetípico, de aspiracionismo santífico, que conmueve al católico unifacético; quien lucha por ser santo desde un contexto cultural que insiste en sabotearle su propósito. Entiende que la cultura posmoderna es profusamente anticatólica, pero no le importa. Sigue seguro de su activismo contestario y rema a contracorriente, como lo hacen los adolescentes de la generación alfa, llamados *puriteens* (Vázquez, 2023), que, ante el pansexualismo rampante, defienden la castidad, repudian las disparidades de edades en las relaciones de pajera, están en contra del aborto y ostentan o presumen sin ambages su cristianismo.

El católico unifacético: fiel al dogma no activista

En otros católicos unifacéticos, menos proactivos, predomina un sentido ambiguo de resignación y de esperanza. Sostienen que esta civilización ya está perdida. Nada se puede hacer. Ante todo, resignación. El mal o el maligno (emplean esta denominación apegados al metarrelato del teísmo cristiano, también lo llaman el adversario, el ángel rebelde o caído) ya triunfó; pero su reinado será efímero, y cuando la causa de los elegidos parezca más pérdida, el socorro providencial de Dios se encargará de purificar el mundo, de purgar a la humanidad dividiéndola entre santos y pecadores, salvos y condenados. Solo hay que esperar y resistir con modestia y discreción, procurando no entregarse a este mundo profano, superando sus tentaciones y manteniéndose puros y fieles a la verdadera y única religión.

Al respecto está la llamada opción benedictina que propone una especie de fuga del mundo actual, asumiendo la condición de un forastero de frente a la modernidad o, mejor dicho, posmodernidad, recreando en el interior de la Iglesia una comunidad más pequeña (Martín, 2019). Este catolicismo eremita tiene sus dosis de resignación: hay que abstenerse de toda participación política; todo esfuerzo, en este sentido será infructuoso, los signos de los tiempos lo advierten: estamos abatidos por la corrupción, la decadencia y el pecado. No queda más que sostenerse sobre las ruinas

⁸ Nicolas Márquez y Agustín Laje, sin ser abiertamente pro católicos, hablan en su obra *El libro negro de la nueva izquierda: Ideología de género o subversión cultural* (Márquez & Laje, 2016) de esta transformación de la izquierda comunista y de cómo reaparece en la posmodernidad este escenario de batalla cultural, ahora como progresista, feminista, ambientalista, LGTBQ

esperando que el plan de salvación se cumpla de forma inexorable. Resistir: esa es la consigna; mantenerse firmes y preparados ante los días de tinieblas que se avecinan. Como diría el Barón Julios Evola, desde una perspectiva neopagana tradicionalista: hay que Cabalgar el tigre (2024), soportar con estoicismo mientras que el mundo moderno, por sus propias patologías culturales, religiosas y políticas se derrumba. Este tipo de católico fatalista —igual puede ocurrir con el anterior— se encuentra bien representado en generaciones como la X y los *baby boomers*.

El católico unifacético tolerante con la modernidad y posmodernidad

Por último, se encuentra el católico unifacético cuyo núcleo duro creencial no es excesivamente denso, pero tampoco tan liviano. Este equilibrio le permite un orbitar de creencias, distintas a las que le fueron inculcadas de niño, aunque no las incorpora del todo a su sistema. Dichas ideas orbitan a su alrededor con cierta distancia: la suficiente para que las pueda contemplar sin comprometerse con ellas. No está peleado con la modernidad ni con la posmodernidad y, de manera consciente o sin muchos trabucos mentales, las logra conciliar. Al menos, no las contrapone con su catolicismo, el cual puede estar más o menos arraigado, pero lo suficiente como para que el título de “católico” no le sea únicamente honorífico o limitado al llamado cultural.

Algunos, con toda seguridad, están complacidos con el orden de cosas actual: no son ni activistas ni saboteadores de la posmodernidad y sus banderas. Pero esto no quiere decir que todos sean iletrados y conformistas. Hay que centrar que su particularidad radica en no adoptar posturas apasionadas ni radicales: puede que tengan una inclinación, no definitiva, por el progresismo o por el neoconservadurismo, sin caer en la militancia o el activismo. En ese sentido, no se verán ondeando una bandera arcoíris en el desfile del orgullo, pero tampoco asistirán de manera asidua a las misas tridentinas con un misal en latín.

Este católico promedio no tiene aspiraciones arquetípicas. Ve inviable seguir un régimen de santidad exacerbado o a ultranza, dadas las condiciones del mundo moderno. Sin embargo, no se decide por un entreguismo a este mundo moderno y a su liquidez. No es un católico deconstruido y camaleónico. Su catolicismo tolerante de una fe y una religiosidad no tan débil le dan la flexibilidad para marchar en dos sentidos: puede optar por una vida religiosa con un grado de compromiso moderado o, en su defecto, adoptar una actitud un tanto laxa y despreocupada frente al cumplimiento de los preceptos y directrices de la Iglesia.

Es por esa movilidad en su profesar que, con algo de esfuerzo, puede convertirse, un buen día, en un católico multifacético, sobre todo en sus años mozos o, quizás,

pasado el tiempo, ya más atemperado, le terminen por convencer las teorías conspirativas y el tradicionalismo del católico unifacético radical.

Conclusiones

En lo que se convierta o se deje de convertir este católico unifacético de fe y religiosidad no tan débiles marcará el destino de la Iglesia. Ellos son mayoría en la grey, pero están expuestos a un mundo fluctuante y, hasta cierto punto, impredecible. Escenarios se pueden imaginar muchos.

Una Iglesia en la que prevalezcan los católicos multifacéticos la podemos retratar, con visión arriesgada de un mañana posible, como inclusiva, diversa, desdogmatizada, algo excéntrica y centrifuga. Por fuerza, diluida en su diversidad, pero no en esa diversidad de antaño que ella determinaba —y a veces imponía— en sus carismas, sincretismos e inculturación. Esta diversidad se la impondrá un entorno cultural plural, inclusivo y tolerante. Bajo estas circunstancias, con toda probabilidad, experimentará cambios en sus principios y valores al ser obligada a modernizarse. Una Iglesia donde todos tendrán cabida, con excepción de los unifacéticos radicales; estos últimos, quizás en su desencanto, se decantarán por el cisma.

La otra posibilidad, la que se abre con la prevalencia de los católicos unifacéticos, garantiza una salvaguarda eficaz del dogma y de su exégesis más ortodoxa. Se tendría, entonces una Iglesia en confrontación franca con la cultura posmoderna, ejerciendo el papel de su detractora y crítica. Es de esperarse que, en esta prevalencia conservadora, muchos católicos multifacéticos, al no verse representados en esta Iglesia retrógrada, la abandonarían, reduciéndose así el número de sus fieles a un exiguo y ya irreductible grupo de puros o de salvos no contaminados.

En el mejor de los escenarios para la Iglesia, los que deberían imponerse a mediano plazo serían los católicos unifacéticos de fe y religiosidad, no tan débiles adaptados, como lo están, a la posmodernidad, pero, a la vez, en guardia contra todo lo que ella tiene, en lo cultural e ideológico, de anticristiana, egocentrista, individualista y hedonista. De llegarse a imponer, estos católicos podrían amortiguar o, incluso, nulificar las fricciones y rencillas entre los católicos radicales progresistas y los neoconservadores. Pero, como ya se adelantó, el futuro de la Iglesia y de todos los grupos e instituciones religiosas está, como nunca, condicionado por el avance de las nuevas tecnologías que, de no ocurrir una verdadera catástrofe, como las que esperan los católicos unifacéticos radicales, harán realidad el metaverso, la súper inteligencia artificial, el transhumano y el posthumano.

En un metaverso, ¿tendrán cabida las religiones? En él se diseñarán templos de las más distintas religiones para que asista una feligresía de manera virtual a un servicio religioso. Por otro lado, ¿cuánto tardará una empresa del ramo electrónico en sacar una máquina que estimule el lóbulo frontal del cerebro humano induciendo, con estímulos electromagnéticos, experiencias místicas o religiosas? Vamos rumbo a la ciber-religión. De momento, ya tenemos a un autómatas que representa a la diosa Kannon recitando mantras en un templo de Japón (Agencias Kioto, 2019).

Queriendo ver hacia el mañana, ¿no podría una súper inteligencia artificial idear nuevas filosofías e incluso formular reflexiones teológicas y, por qué no, ser el profeta en la realidad virtual o en la realidad aumentada de un nuevo culto transhumanista? De hecho, ya tenemos el caso de una inteligencia artificial conversando sobre problemas existenciales, como lo hizo el GPT3, basándose en libros sagrados como el Tao Te King y la Biblia (Perozo, 2022). En este contexto, ¿seguirán creyendo en Dios los transhumanos y posthumanos, modificados genética o cibernéticamente como hijos de la ciencia y tecnología?

Al católico del mañana, ya sea multifacético o unifacético, le depara este futuro: uno el que será cada vez más fácil, gracias a los prodigios de la ciencia y la tecnología, eclipsar, reemplazar y hasta falsear a la religión.

Referencias

- Agencias Kioto. (2019, 15 de agosto). Un sacerdote budista robótico en Kioto. *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/vida/20190815/464087311448/robot-sacerdote-budista-kioto-templo.html>
- Aréchaga, I. (2021). *Las mil caras de la religión a la carta*. El Sónar.
- Ball, M. (2022). *El metaverso: Y cómo lo revolucionará todo*. Deusto.
- Barrero Salinas, A. F., y Ojeda Pérez, R. (2011). Religión y Posmodernidad. *Reflexiones teológicas*, 8, 11-36.
- Bauman, Z. (2020). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Berry, J. (2012). *Las finanzas secretas de la Iglesia: Intrigas, escándalos y corrupción en la jerarquía católica*. México : Penguin Random House Grupo Editorial México.
- Carpio Jiménez, L., Barrazueta, P. y Sinche, A. (2019). Ideología religiosa en redes sociales. Análisis del mensaje de youtubers católicos. En G. Paredes Otero (Ed.), *Investigar las redes sociales. Un acercamiento interdisciplinar* (pp. 95-111). Egregius.

- Carr, N. (2011). *Los superficiales: ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?* Taurus.
- De Lacunza y Díaz, M. (1999). *La historia del fin: cristianismo y milenarismo*. Istmo.
- Evola, J. (2024). *Cabalgar el tigre*. Fides.
- Feria Arroyo, D. (2015). *El debate de las organizaciones religiosas en la perspectiva de la secularización*. Andamios.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta.
- Garay Gómez, L. (2021). *Análisis de perfiles católicos en Instagram como nuevo canal para acercar la fe a los jóvenes*. Universidad Francisco de Vitoria.
- Held, D. (2006). *La deconstrucción en la cultura contemporánea*. Siglo XXI.
- Laje, A. (2022). *La batalla cultural: Reflexiones críticas para una nueva derecha*. HarperCollins México.
- Lipovetsky, G. (2006). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama.
- López Villaverde, Á. L. (2024). *Cristo obrero*. Sílex Ediciones.
- Márquez, N., & Laje, A. (2016). *El libro negro de la nueva izquierda: Ideología de género o subversión cultural*. Grupo Unión.
- Martín, I. (2019, 19 de enero). Rod Dreher: "La opción benedictina no es huir del mundo, sino ser cristianos contraculturales". *Acepresa*. <https://www.acepresa.com/religion/rod-dreher-la-opcion-benedictina-no-es-huir-del-mundo-sino-ser-cristianos-contra/>
- Miège, B. (2003). *La mercancía cultural: algunas características de su creciente desarrollo*. Anthropos.
- Perozo, K. (2022, 6 de diciembre). Una Inteligencia Artificial reflexiona sobre el sentido de la vida y su respuesta deja asombrados a muchos. *Fayer Wayer*. <https://www.fayerwayer.com/ciencia/2022/12/06/una-inteligencia-artificial-reflexiona-sobre-el-sentido-de-la-vida-y-su-respuesta-deja-asombrados-a-muchos/>
- Prensky, M. (2001). Digital Natives, Digital Immigrants. *On the Horizon*, 9(5), 1-6.
- Quesada Chaves, M. A. (2016). *Ser o no ser católico en América Latina: el dilema vigente*. Repertorio Americano.
- Vattimo, G. (1996). *Crear que se cre*. Paidós Ibérica.
- Vázquez, K. (2023, 8 de julio). 'Puriteens': jóvenes aunque sobradamente puritanos. *El País*. <https://elpais.com/eps/2023-07-09/puriteens-jovenes-aunque-sobradamente-puritanos.html>